CONSIDERACIONES SOBRE UN PUNTO DUDOSO DEL «QUIJOTE»

En todas las ediciones anotadas o comentadas del «Quijote» que yo he examinado, y, precisamente, la de Rodríguez Marín (1927), la del padre Rufo Mendizábal, S. J. (Madrid, 1926) y la de Martín de Riquer (Barcelona, 1950), y también en otras precedentes o sucesivas, según me dicen, mas que yo no he podido consultar, como la de Diego Clemencín (Madrid, 1833-1839), de J. E. Hartzenbusch (Argamasilla de Alba, 1863), de Clemente Cortejón (Madrid, 1905-1913), y, por fin, en la más reciente de Rodolfo Schevill (Madrid, 1928-1941), los anotadores, fundándose, con toda probabilidad, en la afirmación del crítico y traductor inglés Bowle, que primero intentó determinar el origen de la frase con la cual Cervantes compara de un modo icástico Rocinante con el caballo de Gonela, que *tantum pellis et ossa fuit* quieren hallarlo en el verso 565 de la *Aulularia* (acto III, escena VI) o en otro de los *Captivi* de Plauto, el cual, empero, dice *pellis et ossa totust* y no *tantum pellis et ossa fuit*, frase, la primera, que, aunque muy semejante por la substancia, sin embargo se diferencia algo, en cuanto a la forma, de la más incisiva y poética que nos ofrece Cervantes. «Todo piel y huesos», dice Plauto, mas Cervantes «Sólo piel y huesos».

Y que la diferencia no sólo no haya pasado inadvertida sino que, al contrario, haya sido notada por algún prudente y agudo comentador podemos constatarlo en esta cauta nota de Martín de Riquer: «La frase puede proceder de Plauto (*Aulularia* o *Captivi*)», que está en la página 12 de la segunda edición de Barcelona, 1950 (nota 39). Pues bien: «puede» proceder y no «procede».

De cualquier modo, resulta que no se comprendería por qué Cervantes no citó la frase plautina como la escribió el autor latino, si la hubiera tomado de Plauto, y por qué, al contrario, la modificó sacando la comparación con el caballo de Gonela. Evidentemente si a *Rocinante* se le hace partícipe de las calidades negativas del rocín de Gonela, asimismo la frase latina habría de tener alguna relación con un escrito en que se hable de Gonela y no, pues, con las comedias de Plauto. ¿Y entonces? Vamos a ver.

Cervantes además de ser un humanista, profundo conocedor de los clásicos latinos, era también un apasionado lector de los poetas y escri-

tores italianos del Renacimiento, como ha evidenciado muy bien aquel nuevo «monstruo de naturaleza», en el campo filológico, cual es, a mi ver, el certero, agudo, profundo crítico y polígrafo montañés, don Marcelino Menéndez y Pelayo, quien, en el celeberrimo discurso leído en la Universidad de Madrid, durante la solemne fiesta académica del 8 de mayo de 1905 (*Cultura literaria de Miguel de Cervantes y elaboración del «Quijote»*), «levantó a Cervantes el monumento más insigne, la estatua más acabada y expresiva». De sus lecturas, y aún más del conocimiento de los escritores italianos, acá y allá aparecen numerosas huellas no sólo en su inmortal novela, sino también en otras obras, que podríamos llamar secundarias, sobre cuyas huellas no llamaré la atención de los lectores por demasiado conocidas y notorias. Diré solamente que el vasto conocimiento de la literatura renacentista italiana Cervantes pudo haberlo adquirido en su misma patria, adonde las principales obras aflúan en el texto original o traducidas (véase, a este propósito, también las alusiones en el *Quijote*), o quizá también, con mayor probabilidad, durante su estancia en Italia, cuando en Roma, en 1569, servía como camarero al cardenal Aquaviva y en 1570 y 1571 en Nápoles «soldado en la Compañía del Capitán Don Diego de Urbina, perteneciente al tercio de Don Miguel de Moncada» en la espera de embarcarse para combatir al turco en Lepanto (7 de octubre de 1571). Y también después de la gloriosa herida en la mano izquierda, mientras Cervantes era curado en el hospital de Mesina, seguramente, durante los largos aburrimientos de cada día, esperando la curación, debe de haber tenido la oportunidad de leer y releer los autores italianos, entre cuyas obras en prosa y en poesía no podían faltar las entonces famosísimas *Macaronie* de Merlin Cocai (seudónimo de Teófilo Folengo, muerto en 1544). Pues bien, en uno de los *Epigrammata* de Folengo y precisamente en el dirigido *Ad Falchettum*, no sólo se lee la frase como está citada enteramente en el capítulo I de la primera parte del «Quijote», sino que hasta encontramos la alusión al caballo de Gonela.

He aquí el principio del epigrama:

Ad Falchettum

Légiadram mea stalla tenet, Falchiette, cavallam,
quam quicumque videt percipit esse suam.
Stare parangono Gonellae nempe cavalli
posset, qui tantum pellis et ossa fuit.

Quien tuviere la curiosidad de leer todo el epigrama, lo hallará en las páginas 6 y 7 de las *Macaronicae* de Merlin Cocai en la edición de Formiggini, Roma, 1925.

VITTORIO CAMERA DE ASARTA